

reloj la voz grave de las horas, caminan agobiados bajo el peso ¿pensáis algunas veces que, quizás en aquel preciso momento en las calles inmediatas, se detiene un indigente hambriento y ve pasar vuestras iluminadas siluetas tras de los vidrios del salón lleno de luces?...

**

Pensad que está allí abajo, transido de frío y helado por la nieve, ese padre indigente, que al contemplar vuestra fiesta, exclama en voz reconcentrada:— ¡Cuánta riqueza para uno solo! ¡Qué rico debe ser! ¡Cuántos amigos acuden a su festín! ¡Es muy dichoso, sus hijos le sonríen; con lo que valen sus juguetes tendrían para comer pan los míos!

**

Después el indigente compara con vuestro salón de baile su miserable hogar apagado y pobre, sus hijos hambrientos, su madre pálida y andrajosa, tendida sobre un montón de paja, en el suelo y tiritando, la anciana abuela, que el invierno enfrió ya lo bastante para hacerla entrar en la tumba.

**

Dios ha establecido estos grados en la fortuna humana; unos

de las penas, y pocos son convidados al banquete de la dicha; todos no pueden sentarse en él con igual facilidad. Una ley, que nos parece injusta en el mundo, dice a unos: ¡Gozad! y a los otros: ¡Envidiad!

**

Este pensamiento, amargo y sombrío, fermenta en silencio en el corazón de los miserables. Ricos hombres felices, que os adormecéis en la voluptuosidad, tened cuidado de que los desheredados de la fortuna no os arranquen de las manos esos bienes superfluos que atraen sus miradas; que os los arranque la caridad.

**

La benéfica caridad que el pobre idolatra, que es la madre de aquellos que tienen la suerte por madrastra, que levanta y sostiene a los caídos y a los infelices; la que, sacrificándose cuando sea preciso como el Dios mártir, cuyo ejemplo sigue, exclamará: «Bebed, comed, ésta es mi carne, ésta es mi sangre.»

**

Que sea ella, ¡oh ricos! la que las alhajas, los diamantes, las cintas y las perlas, para que el indigente

se alimente, de los brazos de vuestros hijos y del seno de vuestras mujeres las quite, para dárselos a los pobres.

**

Dad, ricos. La limosna es gemitivo de la oración. Cuando un anciano, en el umbral de vuestras puertas, helado por el frío del invierno, en vano os pide de rodillas; cuando sus pequeñuelos, con las manos amoratadas por el frío, recogen a vuestros pies las migajas del banquete, Dios, ofendido, aparta la vista de vosotros.

**

Dad, para que Dios, que dota a las familias, dé fuerza a vuestros hijos y gracia a vuestras hijas; para que vuestra viña produzca fruto en abundancia; para que el trigo se amontone en vuestros graneros; para que seáis mejores; para que veáis en vuestros sueños pasar ángeles por la noche.

**

Dad; porque llegará un día en que abandonaréis el mundo y en que vuestras limosnas os proporcionarán en el cielo una riqueza. Dad, para que diga el menestero-

so:—«Nos compadeció»; para que el indigente, helado de frío, fije miradas menos feroces en vuestros salones de baile.

**

Dad, para tener a Dios propicio; para que hasta el mismo perverso se incline al pronunciar vuestro nombre; para que tengáis un hogar tranquilo; para que un día, en vuestra última hora, alcance la absolución de vuestros pecados la oración que rece un mendigo por vosotros en el cielo.

Enero de 1830.

XXXIII

A... TRAPISTA EN LA MEILLERAYE

Hermano mío, la tempestad fué terrible; el huracán impetuoso que soplabá arrastrándonos de escollo en escollo, cuando vos partisteis abrió de par en par el vasto abismo y amontonó las olas alrededor de vuestro esquiife.

**

Sucesivamente, de prisa, para evitar el naufragio, para aligerar

la nave, expuesta a la terrible tempestad, casi engullido por las alborotadas olas, fué preciso que alijaseis al mar placeres, libertad, fantasía, familia, amor, todos esos tesoros.

* *

Además necesario fué que vos, solo y desnudo, bogaseis solitario, arrastrado por la corriente del oleaje, sin tocar tierra jamás, sin llevar en el esquite, separado de los nuestros, más que la vela y la brújula, al alma y a Dios.

Mayo de 1830.

XXXIV

BIEVRE

'A. M. Luisa B.

Un horizon fait a sonhait pour le plaisir des yeux.

FENELON.

I

¡Sí; este es el valle, el valle umbrío y tranquilo! Aquí el verano esparce grata frescura; aquí duran mucho tiempo las efímeras flores; aquí el alma contempla, escucha. adora y aspira y tiene

piedad del mundo, loca morada, en la que el hombre cada día deja menos espacio para Dios.

* *

Un río en el fondo, bosques sobre las dos pendientes: aquí, grandes álamos festoneados de trepadora viña, praderas en las que el segador ve curtirse sus brazos nervudos; allí, pensativos sauces llorando sobre la playa, y que, como una mujer indolente que se baña, dejan que moje el agua el extremo de su cabellera.

* *

Allá, bajo el vado, se ven, entre aguas cenagosas, cuando le atraviesan, las piernas de las jornaleras; campos cuadrilongos de dorado trigo; estanques de agua límpida; en la parte sombría, paredes gredosas y techos negros; terrenos oscuros en los barrancos, que las lluvias destruyen, y en lontananza un acueducto que parece un puente erigido en el aire.

* *

Y coronando sus vedergueantes colinas las profundidades del cielo, surge el pabellón construido por Dios, que, llenando de día de pliegues azules el espacio, parece

un dosel suspendido sobre el sol, de cuyo ropaje sólo son visibles los clavos de plata durante la noche.

* *

Ese es uno de los sitios donde el corazón se siente vivificado; algo celestial flota en aquel ambiente que le embriaga; es uno de los sitios que siendo yo niño prefería, en el que la belleza serena, íntima e inagotable, derrama en el alma el sublime olvido de todo aquello que es desagradable así del mundo como de los hombres.

II

Si cuando nace el alba se camina por las lomas cubiertas de bosque, que sirve de abrigo a los cervatillos, por el áspero camino cuyas piedras lastiman los pececitos de los niños, cuando el sol aparece y el árbol siente correr su savia bajo la corteza, el valle parece un hermoso ensueño; la niebla se disipa, la naturaleza se despierta, la flor rosada se abre, la brisa suspende en ella una abeja y el rocío una gota cristalina.

* *

En su pintoresco paisaje, en canto de la vista, el arbusto,

el ave de paso, la hierba que tiembla y reluce, el árbol viejo que la edad doblega, la torrecilla que está junto al molino, el agua diáfana del arroyo, todo lo que sonríe, todo lo que canta, todo lo que suspira, todo lo que alienta, todo lo que habla, todo produce armonioso rumor.

III

Si por la tarde, dejando que el pensamiento divague errante, de sendero en sendero, desde lo alto de la colina, descendemos a la casa, que os excita durante todo el día a mirar hacia abajo, al fondo de la pradera, y que se presenta a la imaginación como una hermosa flor;

* *

Si estáis dentro de ella, vos, cuyas manos consiguen que el piano hable la lengua propia de vuestra alma; si es en uno de aquellos instantes dulces y misteriosos en los que la música, espíritu de arrobamientos y de delirio, cuyas alas hacen el ruido de una lira, reverbera en vuestros cantos el brillo de vuestros ojos;

* *

Si vuestros hijos pequeñuelos, que buscan constantemente, con-

funden sus alegres risas con las melodías que moduláis; si vuestro noble padre sonríe contemplando los juegos de los niños y oyendo vuestro canto; si todo esto sucede, oyendo vuestra voz que penetra en el interior del alma, bajo ese cielo tachonado de estrellas, se cree en la familia, en el reposo, en la dicha; el corazón se inunda de alegría y de amor, sentimos que nuestros ojos se humedecen, levantamos las manos al cielo y no podemos por menos que exclamar:—¡Gracias, Señor!

IV

No se desea ya nada más; porque allí nuestra alma se sume en la contemplación de la naturaleza y en la poesía, sin pensar de que cerca, y oculto tras los bosques y tras la cadena de colinas azules, a cuatro pasos, que llamamos cuatro leguas, duerme el gigante París.

* *

No nos acupamos ya de si la opulenta ciudad, capital predilecta del mundo que está en fusión, abre o cierra tal día sus cráteres humeantes, ni de cómo miran los reyes en el momento actual hervir en ese Vesubio de hombres la lava de los sucesos.

Mayo de 1830.

XXXV

PUESTAS DE SOL

Merveilleux tableaux que la vue decouvre à la pensée.
C. NODIER.

I

Plácenme las tardes serenas y tranquilas, ya doren la frente de antiguas guaridas sepultadas entre la hojarasca, ya en lontananza ensanche su cortinaje la bruma, ya los rayos del sol desgarran en el cielo azul un grupo de amontonadas nubes.

* *

¡Mirad el cielo! Corren las nubes reunidas en el espacio, impulsadas por los vientos y agrupando sus caprichosas formas; de repente fulgura en ellas un pálido relámpago, como si de súbito un gigante de los aires las cortase con su formidable espada.

* *

El sol brilla aún a través de sus sombras; ya parece que forme

sobre ellas esbeltas cúpulas de suspende Dios con profusión en oro, ya las hace brillar como el la inmensidad del cielo, como un techo de una choza, ya disputa guerrero que cuelga en las vigas las nieblas al horizonte, ya recorre del techo sus resonantes armaduras sobre ellas grandes lagos de luz al caer sobre los húmedos céspedes.

* *

* *

Después se cree ver en el barrio de espaldas ancha y rayada, con tres filas de dientes de acero; y que sobre su cobrizo vientre se desliza un rayo y que cien nubes ardientes brillan junto a sus flancos oscuros. como escamas doradas.

* *

Después se levanta en ellas un palacio. Después tiemblan por unos momentos y todo huye. El edificio de nubes destruído se desploma de repente, se esparce en lontananza por el cielo, y sus conos rojos penden con la punta hacia abajo, sobre nuestras cabezas, semejantes a montañas puestas del revés.

* *

Esas nubes de oro, de cobre, de hierro, en las que duermen produciendo murmullos sordos el huracán, la tromba y el rayo, las

El sol, precipitado desde las alturas como un globo de cobre, se lanza contra las fraguas remodeladas, cayendo sobre ellas; su choques que las desbarata, y hace, en copos de fuego, saltar hasta el cenit la ardiente espuma de las nubes.

* *

Mirad el cielo; desde que huye el día en cualquier sitio y en cualquier tiempo que sea, con inefable amor contempladle al través de sus velos, que siempre hallaréis un misterio oculto en el fondo de su grave hermosura; se halla este misterio en el invierno, cuando los velos son fúnebres como una mortaja, y se encuentra también en el verano, cuando la noche los borda de rutilantes estrellas.

Junio de 1828.

II

El día va desapareciendo en lo alto de los cielos tras los velos del celaje; de vez en cuando se aven-

tura a aparecer una estrella; la noche lentamente va subiendo a su trono de tinieblas; una parte del cielo está ya oscura, en la otra brilla escasa luz, y sucediendo a la puesta del sol, el crepúsculo expira por momentos sobre los negros collados.

22 de julio de 1828.

* * *

Y allá abajo, alumbrando artificialmente los cristales de sus balcones y ventanas con su catedral de flechas dentadas, con las torres de sus palacios y las de su cárcel, con sus altos campanarios, irguiéndose como una sierra colosal, la ciudad con sus innumerables techos se destaca en el horizonte.

* * *

Quisiera presenciar desde una alterosa torre cómo la ciudad se abre bajo mis pies como un abismo; quisiera huir, oyendo cómo muere el vasto murmullo de la ciudad, que de día suena con más estrépito que el Sena, cuando ese gran río se irrita contra los puentes.

* * *

Quisiera contemplar a la antigua ciudad, extendida en su le-

cho delante de mí, dejando escapar suspiros de su boca, como si la obligase a gemir la fatiga, y vigilando solo, sobre ella, entre los ruidos sordos del Océano y de la multitud, tener a mis pies la gigante dormida.

III

¡Quiero ir más lejos, más lejos aún! A la luz rojiza del sol poniente, gustaría de ver cómo la obscuridad crece y se extiende en los campos; la ciudad está demasiado cerca de mí; la oigo y la veo; para entregarme por completo a mis pensamientos, la voz cascada de París murmura demasiado cerca de mí.

* * *

Quiero huir bastante lejos para que un matorral me oculte la niebla, que París lleva en la frente como un penacho, esa nube eterna detenida encima de sus torres; para que el zumbido débil del mosquito que pasa apague en mis oídos la gran voz de la ciudad.

28 de agosto de 1827.

escalones de oro de un edificio de nubes; y espantados vemos a lo lejos en la esfera azul, en una isla del aire que con audaz vuelo se aventura en el éter, subir hasta el cielo, con sus escaleras, sus puentes y sus grandes torres, alguna Babel desmesurada

8 de julio de 1831.

IV

¡Dadme alas y hasta las nubes dejadme que vuele, dejadme que suba! En estas pobres regiones bastante he soñado y he sufrido ya. Dejadme volar hacia otros mundos. Basta ya de seguir un faro en las noches tenebrosas; basta ya de sueños y de dudas; la voz misteriosa que oigo acá en el mundo quizás la oiré con más claridad allá arriba.

* * *

Prestadme alas o facilitadme velas; quiero llegar hasta las estrellas, o ir en un bajel hasta el extremo del mundo; quizás allí se encuentre la llave del misterio que explique el orden universal, y quizás los poetas lean con facilidad esa página del cielo.

Septiembre de 1828.

V

Algunas veces, entre los pliegues de engañadoras nubes, allá arriba, a través de la brechas vaporosas que agita el viento de la tarde, detrás de las últimas nieblas, acaso más lejos, aparecen de repente a la vista los mil

VI

El sol se ha puesto esta tarde entre nubes. Mañana rugirá el huracán, volverán a aparecer otra vez el día y la noche, después el alba con sus claridades, y todos los días y todas las noches pasarán así. Pasarán así en multitud sobre los mares, sobre los montes, sobre los ríos y sobre los bosques, como confuso himno cantado por los muertos queridos que amábamos cuando vivieron. Y la superficie de las aguas y la frente de las montañas, arrugadas pero no envejecidas, y los bosques siempre verdes, se rejuvenecerán; pero yo, inclinando más cada día la cabeza, pasaré; y helado a pesar del sol ardiente, desapareceré del mundo en medio de la fiesta de la naturaleza, sin que por eso deje ésta nunca de ser fértil ni magnífica.

Abril de 1829.

fundir en sus obras, en otro tiempo inspiradas por la gracia o el amor, el fresco encanto de la edad juvenil.

XXXVI

* *

Llega un día en que de repente el artista que gasta pródigamente sus días, en el peso de su frente conoce el peso de los años. Se despierta una madrugada acosado por una idea, que le hace exclamar: —«He malgastado mis hermosos días y pocos me quedan ya! Veo el fondo de mi vida, como el hombre pródigo ve que está vacío el fondo de su arca.» Conoce que los rayos ardientes del sol hacen inclinar su cabeza, de igual manera que al mediodía, hacen doblar las flores; cuando se aventura a andar, cumpliendo con la ley de su destino, contempla a su paso, mojados los céspedes, como por la mañana, y sabiendo que su aurora ya se ha disipado, exclama: —«Esto lo produce la lluvia, pero no el rocío!»

* *

Esto es hecho. Su genio ha adquirido madurez; puede llegar mejor a las más altas cumbres; el hogar que enciende arroja menos humo; cuando asciende su astro levanta menos cantidad de bruma; su celebrado corcel recorre mejor los campos acotados; pero ya no conserva, ya no puede di-

Ese encanto se pierde para siempre. Cuando se van buscando al acaso esos pensamientos, que en el camino encontramos y que permiten que, por la noche, entre el artista en su gabinete orgulloso y altivo, cuando sale para meditar, cuando vaga errante, ya por los prados, ya por los bosques, ya por las encrucijadas tumultuosas de París, siempre en el fondo de todo, siempre en su espíritu, hasta en las ocasiones en que el arte le embriaga y le sonríe, encuentra con gran tristeza la pesadumbre de haber visto desaparecer su pasado, cualquiera que éste haya sido.

Noviembre de 1831.

XXXVII

LA ORACIÓN PARA TODOS

¡Ora pro nobis!

I

Mi hija se dispone a rezar. Anochece ya; va desapareciendo el crepúsculo vespertino; la bruma

borra poco a poco los contornos de las colinas apenas se oye a lo lejos el ruido lejano de algún carro...; la naturaleza va a entregarse al reposo, y el árbol del camino se sacude al viento de la noche el polvo que se posó sobre él durante el día.

* *

* *

Empiezan en el celaje a centellear las estrellas; la última luz del sol va apagándose; las tinieblas empiezan a platear la superficie del agua; surcos, senderos y matorrales, todo se confunde y se borra; inquieto el viajero, no acierta a encontrar su camino.

* *

El día terminó; recemos, que ya aparece la noche grave y serena. El viejo pastor, el viento en las grietas de las torres, los estanques, los rebaños, todo sufre y todo se queja. La naturaleza, fatigada, tiene necesidad de dormir, necesita oraciones y amor.

* *

Esta es la hora en la que los niños hablan con los ángeles. Mientras que nosotros corremos en busca de locos placeres, todos los niños, mirando al cielo, juntas

Luego se dormirán. Entonces, saliendo de la obscuridad, el enjambre numeroso de sueños de oro que nacen cuando se disipan los últimos ruidos del día, y oyendo desde lejos la respiración de las rosadas bocas de los niños, así como a los capullos de las flores acuden las abejas, acudirán a posar su vuelo en las blancas cortinas de los lechos infantiles.

* *

¡Delicioso sueño de la cuna, oración de la infancia, cuya voz acaricia siempre y no ofende jamás; dulce religión, que solaza y que sonríe; prelude del concierto de la noche solemne! Como para dormir el pájaro introduce la cabeza bajo el ala, el niño adormece en la oración su inocente espíritu.

II

Hija mía, ve a rezar. Primero reza por la que tantas noches meció tu cuna, por la que te tomó